

# La fuerza del amor. De Freud a Schrödinger

BASILIO CASANOVA

Universidad Complutense de Madrid

---

## The power of love. From Freud to Schrödinger

---

### Abstract

We address in this article the question of "the drives" in Freud and the myth that lies behind *Beyond the Pleasure Principle*, that deals with the power of love as the only primordial force or energy, the way out of the union of the drives of life and death. This mythical reference will lead us to explore the concept of bliss or full happiness –universal love– in *Civilizations and its Discontent* and its relation to the pleasure principle. At this point, we will discuss how the German Bert Hellinger perceives love energy and how different wisdom traditions use symbols in which the union of form (the masculine) and energy (the feminine) is represented. Some contemporary physicists have also approached this unified vision, which we propose to qualify, in line with Erwin Schrödinger's writing, as mystical.

**Key words:** Eros. Thanatos. Form. Energy. Love. "Unified field".

---

### Resumen

Abordamos en este artículo la cuestión de «las pulsiones» en Freud y el hecho de que en *Más allá del principio del placer* sea un mito que versa sobre el poder del amor como única fuerza o energía primordial, la vía de salida a la unión de las pulsiones de vida y muerte. Esta referencia mítica nos llevará a explorar el concepto de dicha o felicidad plena –amor universal– en *El malestar en la cultura* y su relación con el principio del placer. Llegados a este punto, expondremos cómo percibe el alemán Bert Hellinger la energía amorosa y cómo las distintas tradiciones de sabiduría recurren a símbolos en los que es representada la unión de forma (lo masculino) y energía (lo femenino). Algunos físicos contemporáneos se han aproximado también a esta visión unificada de lo energético que proponemos calificar, en sintonía con lo escrito por Erwin Schrödinger, de mística.

**Palabras clave:** Eros. Tánatos. Forma. Energía. Amor. «Campo unificado».

---

ISSN. 1137-4802. pp. 7-20

---

## Eros y Tánatos

*Si no queremos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida, escribe Freud en Más allá del principio del placer (1920)*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> FREUD, S. (1920). *Más allá del principio del placer. Obras completas*, Tomo XVIII, Amorrortu editores, Buenos Aires, p. 55.

Sólo unas páginas antes, se había desmarcado de la afirmación de Jung de que la libido es «una única fuerza pulsional». Freud se mantiene en la oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Porque, se pregunta, ¿cómo es posible derivar del Eros conservador de la vida una pulsión que apunte a dañarla? Esta pulsión sólo puede serlo, por tanto, de destrucción.

Dicho daño lo observa Freud en muchos casos clínicos en los que algo parece estar trabajando en contra de la propia vida.

El descubrimiento de la compulsión a la repetición le había enfrentado a la existencia de las pulsiones de muerte, así como lo que Barbara Low llamó «el principio de Nirvana», entendido como *la tendencia a rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo*<sup>2</sup>, a «reducir a la nada las sumas de excitación» que llegan al aparato anímico y, como escribe Freud en *El problema económico del masoquismo* (1924), a *conducir la inquietud de la vida a la estabilidad de lo inorgánico*<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, 54.

<sup>3</sup> FREUD, S. (1924). *El problema económico del masoquismo. Obras completas*, Tomo XIX, Amorrortu editores, Buenos Aires, p.166.



¿Eros o Tánatos?  
Museos Capitolinos

Él había concebido el masoquismo en estrecha alianza con el sadismo, pero ahora dicha concepción necesita, dice, ser enmendada porque podría existir además un *masoquismo primario*, descendiente de las pulsiones de muerte.

Freud se encuentra, por tanto, ante una encrucijada. Por un lado, estarían las pulsiones que trabajan en contra de la vida y, por otro, las pulsiones sexuales, conservadoras de aquella. De esto último sería un claro ejemplo la copulación y su efecto rejuvenecedor. La unión genésica genera vida.

¿Cómo reconciliar una cosa y la otra? Freud no está dispuesto a abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, pero para ello sería necesario, aclara, «asociarlas» con las de vida. De ser esto así, *habría una mezcla y una combinación muy vastas, y de proporciones variables, entre las dos clases de pulsiones. Es decir: no debemos contar con una pulsión de muerte y una de vida puras, sino sólo con contaminaciones de ellas, de valencias diferentes en cada caso*<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 170.

La salida que encuentra en *Más allá del principio del placer* para esta posible asociación (unión) vida-muerte es una de índole mitológica. Él mismo reconoce que es *más un mito que una explicación científica*<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> *Más allá del principio del placer*, op. cit., 56.

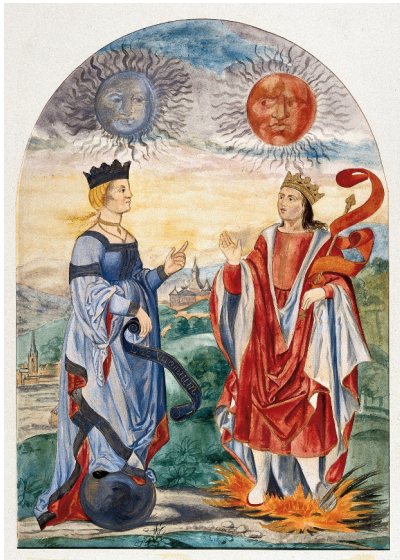
De manera que allí donde la explicación científica no alcanza, hace su aparición lo mitológico. Y Freud se ve, de alguna manera, obligado a invocarlo.

### El mito del Andrógino

Se refiere Freud, más concretamente, al mito que Platón pone en boca de Aristófanes en el diálogo *El banquete*.

Este mito sostiene que «En otro tiempo», un *tiempo* que suena al «Érase una vez» con el que se abren tantos cuentos maravillosos, no había dos sino tres clases de seres humanos: *los dos sexos que existen hoy, y uno tercero compuesto de estos dos, el cual ha desaparecido conservándose sólo el nombre*<sup>6</sup>. El tercero de dichos seres reunía a macho y hembra. Era el Andrógino.

<sup>6</sup> PLATÓN (1871). *El Banquete*. Obras completas. Medina y Navarro Editores, Madrid, p. 320.



*Splendor Solis*, siglo XVI.



Figura 3  
Da sinistra a dextra  
O LUNA VERGAN MIE DIEN GEMAILI ZU WERDEN  
(O Luna concedimi di divenire tuo sposo)  
SPIRITUS EST QUI VIVIFICAT  
(È lo spirito che vivifica)  
O SOL ICH SOL DIE BILICH ZU GEHORSAM STAN  
(O Sole è giusto che io ti sia obbediente)

*Rosarium philosophorum*, siglo XVI.

En nota a pie de página Freud nos recuerda que esta misma «teoría» se encuentra en las *Upanishad*, en concreto en la *Upanishad del bosque*, la más antigua de todas. En dicho texto se describe el surgimiento del universo a partir de Atman (el Sí mismo) que, sintiéndose solo, deseaba «un segundo» además de Sí mismo, y por eso se dividió en dos. Cada mitad suspiraba por su otra mitad, buscando la unión, es decir, anhelando fusionarse en un solo ser.

Si Platón hizo suya esta idea de la tradición oriental en *El banquete*, es porque, escribe Freud, contenía un núcleo de verdad<sup>7</sup>.

7 FREUD, op. cit.

### El poder del Amor

Y bien. La intención de Aristófanes (Platón) no era otra que dar a conocer el poder del Amor.

«Figúraseme que hasta ahora los hombres han ignorado enteramente el poder del Amor; porque si lo conociesen, le levantarían templos y altares magníficos, y le ofrecerían suntuosos sacrificios, y nada de esto se hace, aunque sería muy conveniente; porque entre todos los dioses él es el que derrama más beneficios sobre los hombres...»<sup>8</sup>

8 PLATÓN, op. cit., p. 319.

Eros es de naturaleza divina, como da a entender también Freud al final de *El malestar en la cultura: Y ahora cabe esperar que el otro de los «dos poderes celestiales», el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal*<sup>9</sup>. Ese enemigo no sería otro que la pulsión de agresión y autoaniquilamiento.

Fue otro dios, Júpiter, quien, según Aristófanes, separó al Andrógino en dos: «Los separaré en dos; así serán débiles y tendremos otra ventaja, que será la de aumentar el número de los que nos sirvan...»<sup>10</sup>.

9 FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura. Obras completas*, Tomo XXI, Amorrortu editores, Buenos Aires, p. 140.

10 PLATÓN, op. cit., p. 321.

11 *Ibíd*, pp. 321-322.

«Hecha esta división, cada mitad hacía esfuerzos para encontrar la otra mitad de que había sido separada; y cuando se encontraban ambas, se abrazaban y se unían, llevadas del deseo de entrar en su antigua unidad, con un ardor tal que, abrazadas, perecían de hambre e inacción, no queriendo hacer nada la una sin la otra»<sup>11</sup>.

El fruto de esa unión amorosa –de vida y muerte– fueron los hijos.

Continúa Aristófanes en *El banquete*: *De aquí procede el amor que tenemos naturalmente los unos a los otros; él nos recuerda nuestra naturaleza primitiva y hace esfuerzos para reunir las dos mitades y para restablecernos en nuestra antigua perfección*<sup>12</sup>.

Y, finalmente:

«Es preciso que todos nos exhortemos mutuamente a honrar a los dioses, para evitar un nuevo castigo, y volver a nuestra unidad primitiva bajo los auspicios y la dirección del Amor. Que nadie se ponga en guerra con el Amor, porque ponerse en guerra con él es atraerse el odio de los dioses»<sup>13</sup>.

12 *Ibíd.*, 322.

13 *Ibíd.*, 324.

Todo un canto al amor el de Aristófanes en este diálogo platónico, y que pasa no solo por la unión de los contrarios en la figura del Andrógino, sino también, de alguna manera, por su «aniquilamiento» o anulación.

Freud, insistamos en ello, no dice nada más sobre el tema del amor. Cierra el *Más allá del principio del placer* preguntándose si las partículas de sustancia viva que se han dispersado pueden llegar a transferir a las células germinales «la pulsión a la reunión».

Podemos, pues, deducir que en ese núcleo de verdad del que habla Freud se encuentra Eros –lo que él llama «pulsión a la reunión»–, ya que lo que está en juego es la unión de fuerzas, vitales y mortales, opuestas aparentemente entre sí.

El mito del que habla Aristófanes parece llenar para Freud «una condición cuyo cumplimiento anhelamos». ¿Cuál sería dicho anhelo? Uno que parece pasar por el restablecimiento de «un estado anterior».

Diez años después, en *El malestar en la cultura* (1930), y a propósito de la sensación oceánica, Freud volverá a abordar la cuestión del retorno a un estado arcaico. Confiesa que le resulta en extremo fatigoso trabajar



Platón conversando con sus discípulos. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

con magnitudes difícilmente abarcables, habla de «ser-Uno con el Todo», hace referencia a las prácticas yóguicas y pone fin al capítulo I del libro citando al Friedrich Schiller de *El buceador* (1797):

«Que se llene de gozo quien respire aquí, en la sonrosada luz»

Sabemos en qué consistía el desafío sobre el que escribe Schiller en su balada:



14 SCHILLER, F. (1797). *Der Taucher*. <https://lyricstranslate.com/es/el-buzo-lyrics.html>

«¿Quién osa, caballero o escudero,  
sumirse en este abismo?  
Lanzo una copa dorada.  
Ya se la tragó la boca negra.  
Quien pueda volverme a mostrar la copa,  
puede quedársela, es suya.

El rey lo dice y tira desde lo alto  
de la peña, que abrupta y empinada  
cuelga hacia el mar infinito,  
la copa al aullido de Caribdis:  
¿Quién es el valiente, vuelvo a preguntar,  
que se sumerja en esta profundidad?»<sup>14</sup>

Mejor respirar a la luz del sol, parece pensar el Freud de *El malestar en la cultura*, que pretender hacerlo buceando en las profundas y abismales aguas de la sabiduría mística.

A estas alturas de su obra, volver a «un estado anterior» equivale a restablecer un narcisismo que no conoce restricción alguna.

### El fin de la vida y el principio del placer

En *El malestar en la cultura* (1930) Freud sostiene que quien fija su fin a la vida, uno que *busca alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla*<sup>15</sup>, es el principio del placer. Es vivenciando intensos sentimientos de placer como se puede alcanzar la dicha. Algo que, según Freud, *entra en querella con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos, porque el propósito de que el hombre sea «dichoso» no está contenido en el plan de la «Creación»*<sup>16</sup>. El programa que impone el principio del placer sería, pues, irrealizable.

<sup>15</sup> *El malestar en la cultura*, op. cit., p. 76.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 76.



En ese sentido, la dicha, el mantenimiento de la felicidad, sólo se podría conseguir matando las pulsiones, como *enseña la sabiduría oriental y lo practica el yoga*<sup>17</sup>. Es lo que Freud llama *la dicha del sosiego*<sup>18</sup>. Para él ese logro –el de la extinción de las pulsiones– sólo se conseguiría a costa de rebajar las posibilidades de goce.

Resuena aquí de nuevo lo que Barbara Low llamó «el principio de Nirvana», es decir, la tendencia a alcanzar un grado cero de estimulación y excitación.

17 *Ibíd*, 78-79.

18 *Ibíd*, 79.

Freud sitúa la felicidad que permanece del lado del principio del placer, que es también el lado del deseo. Y eso explica que a continuación ponga como ejemplo de ese estado de sosiego al *eremita*, del que dice que *vuelve la espalda a este mundo y que no quiere saber nada con él*<sup>19</sup>.

E incluso es posible hacer algo más: recrear el mundo eliminando sus rasgos más insoportables y sustituyéndolos en *el sentido de los deseos propios*<sup>20</sup>. Entraríamos entonces en el campo del delirio.

19 *Ibíd*, 81.

20 *Ibíd*, 81.

Si de lo que se trata, en esa felicidad de la que habla Freud, es de alejar a toda costa el sufrimiento, es decir, el displacer, el «arte de vivir» pasaría, entonces, por aferrarse a los objetos y obtener la dicha *a partir de un vínculo de sentimiento con ellos*<sup>21</sup>. Es lo que algunas tradiciones llaman el veneno del apego.

«Hallar la dicha por el camino del amor», esa es la cuestión planteada aquí por Freud. Esa *aspiración originaria, apasionada, hacia un cumplimiento positivo de la dicha*<sup>22</sup>, *sitúa al amor en el punto central*<sup>23</sup>. El «arquetipo» de la aspiración a la dicha sería el amor sexual.

21 *Ibíd*, 81.

22 *Ibíd*, 81.

23 *Ibíd*, 82.

Eros vuelve a aparecer de nuevo en el discurso freudiano, como ya lo hiciera en el *Más allá del principio del placer* a propósito de «la pulsión a la reunión». Sólo que ahora no acude en su ayuda la teoría del Andrógino de Aristófanes, es decir, *El banquete* platónico. Y es que son otros los tiempos. Podríamos decir también que ahora ningún universo mitológico es

explícitamente invocado por Freud, aunque sí acabará apelando, al final de *El malestar en la cultura*, al poder celestial y eterno de Eros.

Y bien. ¿Qué ocurre en el caso del hombre de fe? Freud opina que éste *se ve precisado a hablar de los «inescrutables designios» de Dios para poder seguir aspirando a la felicidad; pero con ello no hace sino confesar que no le ha quedado otra posibilidad que la sumisión incondicional*<sup>24</sup>.

24 *Ibíd.*, 84.

25 *Ibíd.*, 99.

26 *Ibíd.*, 100.

En este caso la vía hacia la dicha no sería ya la del amor genital, plagado de oscilaciones y desengaños, sino la del alejamiento de toda meta sexual que pasa por mudar *la pulsión en una moción de meta inhibida*<sup>25</sup>.



*San Francisco de Asís en éxtasis*, Francisco Zurbarán, 1638.

Un ejemplo de *aprovechamiento del amor por el sentimiento interior de dicha* sería el de San Francisco de Asís. Un aprovechamiento que Freud ve como *una de las técnicas de cumplimiento del principio del placer*<sup>26</sup>.

Contemplando el cuadro de Francisco de Zurbarán *San Francisco de Asís en éxtasis*, resulta difícil ver en la actitud meditativa del santo un cumplimiento sin más de dicho principio –del placer. La presencia de la calavera, el gesto de devoción del santo, su extrema humildad, hablan más bien de un total acatamiento de lo real, de una actitud reverencial ante lo que hay, así como un reconocimiento de la *vanitas*, la fugacidad de la vida y la vacuidad (*vanus* significa vacío).

### El amor universal

Con respecto a la compasión, es decir, a la *disposición al amor universal hacia los seres humanos y hacia el mundo*, que sería *la actitud suprema hasta la que puede elevarse el hombre*, Freud ve serios reparos porque, como afirma poco después, *no todos los seres humanos son merecedores de amor*<sup>27</sup>.

27 *Ibíd.*, 100.



Esto lo dice, no lo olvidemos, en un contexto histórico marcado por la «infelicidad» y el «talante angustiado» que provocan acontecimientos como la Primera Guerra Mundial o el avance incontenible del nazismo. Tal es así que, en el horizonte se hallaría el exterminio de hasta el último de los seres humanos.

Freud concluye con el siguiente párrafo *El malestar en la cultura*:

«He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará, y en caso afirmativo en qué medida, dominar la perturbación de la convivencia que proviene de la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento. Nuestra época merece quizás un particular interés justamente en relación con esto. Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos «poderes celestiales, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?»<sup>28</sup>.

Deja pues en manos del cielo –de los «poderes celestiales»– y de sus «inescrutables designios», dicho desenlace.

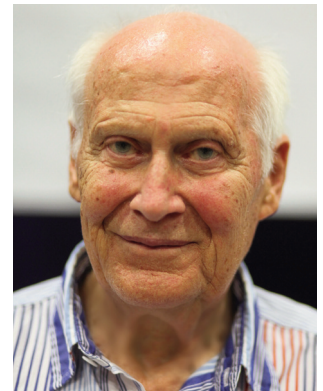
28 *Ibíd.*, 140.

### El amor como energía

El psicoterapeuta alemán Bert Hellinger ha explorado, desde el campo de la fenomenología, la manifestación del amor en tanto que energía.

En las llamadas «constelaciones familiares» los representantes de los miembros de un mismo sistema familiar sienten, pese a no saber nada de aquellos a los que representan –quizá porque no hay lugar en la constelación para la identificación imaginaria–, lo mismo que sienten ellos, e incluso padecen sus mismos síntomas.

¿Qué hace que esto sea realmente posible? El propio Hellinger dice no conocer el porqué, porque, como él mismo afirma, «lo esencial no puede ser observado» sino que permanece como el fondo oculto de las cosas. Lo que sí hace Hellinger es constatar



Bert Hellinger

la existencia de «campos de fuerza», es decir, de una energía que se manifiesta y que es posible percibir.

Esa energía no es otra que la del amor y sus distintos órdenes. Sus movimientos son, los llama así, «los movimientos del alma», y en especial del «Gran Alma», una fuerza mayor, más grande, que no excluye nada, que no hace distinción entre el bien y el mal, sino que comprende, amorosamente, todo: *en la gran alma se anulan los opuestos, no hay jóvenes y viejos, o grandes y pequeños, o vivos y muertos*<sup>29</sup>. Su mirar, como dice San Juan de la Cruz del mirar de Dios, es amar. El amor es percibido porque quien mira lo hace también amorosamente.

29 HELLINGER, B. (2007). *El manantial no tiene que preguntar por el camino*, Editorial Alma Lepik, Buenos Aires, p. 36.

30 JUNG, C. (2015). *La psicología del yoga Kundalini*, Editorial Trotta. Versión kindle.

31 *El malestar en la cultura*, op. cit., 69.

Unir, juntar, es también el significado del término griego *symbollein* (símbolo). Por eso dice Carl Jung que la palabra símbolo podría ser traducida «como algo visto como totalidad», como *la visión de las cosas reunidas en un todo*<sup>30</sup>.

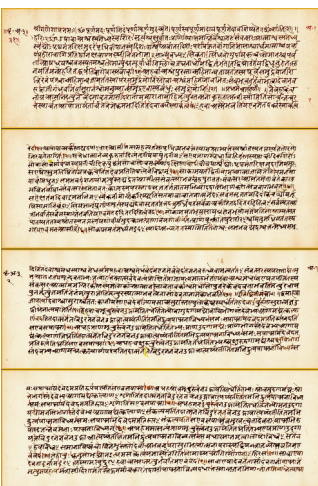
En *El malestar en la cultura* Freud hablaba de «la ilimitación y la atadura con el Todo», con los que su amigo Romain Rolland pretendía ilustrar el sentimiento «oceánico». Y eso hacía interrogarse al padre del psicoanálisis por *la supervivencia de lo originario junto a lo posterior, devenido desde él*<sup>31</sup>.

¿Será eso «originario», entonces, el amor? Bert Hellinger respondería a esta pregunta con un sí.

Hay algo que todas las grandes tradiciones de sabiduría enseñan a propósito del amor en tanto que energía originaria, y es que la unión hace la fuerza. Lo veíamos en el mito del Andrógino que Platón ponía en boca de Aristófanes en *El banquete*.

En la *Upanishad del bosque* se puede leer:

«Mas cuando para uno todo en realidad ha llegado a ser el alma, entonces ¿cómo y a quién puede uno oler? ¿cómo y a quién puede uno ver? ¿cómo y a quién puede uno oír? ¿cómo y a quién puede uno hablar? ¿cómo y a quién puede uno pensar? ¿cómo puede uno conocer a aquel en virtud del cual uno conoce todo esto? ¿cómo puede uno conocer al conocedor?»<sup>32</sup>.



Brihadāranyaka-upaniṣad

También el siguiente diálogo:

Janaka: *¿Cuál es la naturaleza del amor, Yajñavalkya?*  
Yajñavalkya: *El aire vital mismo, majestad.*<sup>33</sup>

En la tradición hindú, a la que pertenecen las *Upanishad*, Shiva y Parvati simbolizan la unión amorosa de los opuestos; su danza es la danza del cosmos, la de la destrucción y la creación del universo. Todas las cosas se habrían formado a partir de la misma y única energía.

Dentro de la tradición budista la unión amorosa la representan Samantabhadra y su consorte Samantabhadri, que constituye el Adi-Buddha o Buddha primordial.

Se trata de una representación simbólica de la unión de lo femenino, la energía que carece de forma, y lo masculino, la forma. Unión pues única, singular, de forma –o método– (Samantabhadra) y energía (Samantabhadri) que es lo que mueve tanto el macrocosmos como el microcosmos.

### La energía como campo unificado de fuerzas

A su manera, la física moderna ha hablado también de esa fuerza única que mueve el universo. Lo llama *teoría del campo unificado* y su objetivo fue, desde el principio, reconciliar las fuerzas fundamentales de la naturaleza.

El término teoría de campo unificado lo introdujo Einstein cuando intentó tratar de manera unificada la gravedad y el electromagnetismo.

Previamente, Maxwell había logrado formular, en 1864, una teoría de campo que integraba la electricidad y el magnetismo.

32 (2019). *La Upanishad del bosque (Bṛihadāraṇyaka upanishad)*, Ed. Verbum, p. 49.

33 *Ibíd.*, 90.



Shiva y Parvati



Samantabhadra y Samantabhadri  
o Buddha primordial

En la actualidad, el desafío pasa por unificar cuatro tipos de fuerzas, de la más fuerte a la más débil: la fuerza nuclear fuerte, la fuerza nuclear débil o radioactividad, la fuerza electromagnética y la fuerza gravitacional.

34 La lista es extensa. Citemos sólo a algunos de ellos: Werner Heisenberg, Erwin Schrödinger, Albert Einstein, James Hopwood Jeans, Max Planck, Wolfgang Pauli o Arthur Stanley Eddington.

35 DEWITT, B. S. (1970). *Quantum mechanics and reality*, *Physics Today* 23, nº 9, p. 31. <https://physicstoday.scitation.org/doi/pdf/10.1063/1.3022331>

36 SCHRÖDINGER, E. (1984). *La visión mística. Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Editorial Kairós, Barcelona, p. 150.



Erwin Schrödinger (1887-1961)

37 *Ibíd.*, 151.

38 HELLINGER, B. (2007). *Felicidad que permanece. Lo esencial de las Constelaciones familiares*, Rigden Edit S.L., Barcelona.

No es de extrañar que algunos de los grandes físicos del siglo XX se hayan aproximado, por una u otra vía, al mundo de la mística. Digamos que sus propias investigaciones los han llevado a ello<sup>34</sup>.

¿Está el gato de Schrödinger vivo o está muerto? Como señala Bryce DeWitt, *al final del experimento la ecuación predice que el gato estará al mismo tiempo vivo y muerto en iguales proporciones*<sup>35</sup>.

Cuenta Erwin Schrödinger en *La visión mística* que, estando sentado junto a un sendero en una región de alta montaña, se preguntó por aquello que veían sus ojos. Y se interrogó a la vez por el que ve, es decir, por el «veedor» u observador. Y llegó a la conclusión de que, como está escrito en el *Chāndogya-Upaniṣad*, *Eso eres tú –Tat tvan asi*<sup>36</sup>.

Escribe también el físico austriaco que *eternamente, y siempre, no existe más que ahora, un único y mismo ahora; el presente es lo único que no tiene fin*<sup>37</sup>.

Quizá en eso consista, entonces, la auténtica dicha, la de una «felicidad que permanece»<sup>38</sup>.

### Conclusiones

La energía es el hilo conductor, también él energético, que recorre los textos a los que hemos venido haciendo referencia. El texto de las *Upaniṣad* nos ha ayudado en este recorrido.

La posible asociación o contaminación de las pulsiones de vida y muerte condujo a Freud hasta este legado de la tradición hinduista, no sin antes recalar en el banquete platónico y, más

concretamente, en el discurso de Aristófanes sobre la figura del Andrógino, que versa sobre la unión, amorosa, de lo masculino y lo femenino. Eros era, pues, ya el tema.

Freud habla en *Más allá del principio del placer* de una «pulsión a la reunión» en la que podemos identificar también a Eros juntando, unificando los opuestos, la función por definición del símbolo, como supo ver Carl Jung. En esa «pulsión a la reunión» quizá resida la aspiración originaria hacia el sentimiento positivo de dicha del que se ocupó Freud. Una aspiración ya no imaginaria, sino simbólica y, por lo tanto, transformadora.

En el caso del creyente, dicha aspiración pasaría por una «sumisión incondicional», es decir, por una entrega absoluta del yo (a Dios). Porque sólo desde un yo absolutamente entregado es posible saber de ese Todo originario del que habría devenido lo demás. Un saber, pues, de la fuente escondida que, como dice Juan de la Cruz, «mana y corre», «aunque es de noche». Una fuente que no tiene origen, pero de la que todo es originario<sup>39</sup>.

Bert Hellinger llamó a esa energía primordial «Gran Alma» y en ella percibió este autor la manifestación de la energía del amor, y a éste como un «campo de fuerzas» en el que los opuestos se anulan y trascienden. El amor no excluye nada. Eso es lo que la fenomenología de las constelaciones familiares permite sacar a la luz.

De la unión de los opuestos se han ocupado, de una u otra manera, todas las tradiciones de sabiduría. Se trata de la unión de la forma o el método (lo masculino) y la energía (lo femenino). En el budismo, por ejemplo, esa unión recibe el nombre de Buddha Primordial y es representada con el acoplamiento de Samantabhadra y Samantabhadri.

También la física moderna se ha interesado, y de qué manera, por la cuestión de la unificación energética: la de las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza –¿pero no era eso lo que en el fondo anhelaba también Freud cuando se planteaba una posible unión pulsional? A ese nivel, la física moderna lo llama, escribe David Lynch en *Atrapa un pez dorado*, «nivel campo unificado»<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ. (1996). *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe. Que bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche. Obra completa (1)*, Alianza Editorial, Madrid, p. 80.

<sup>40</sup> David Lynch dice en su introducción a *Atrapa el pez dorado*, que «si quieres pescar un gran pez dorado, tienes que adentrarte en aguas más profundas». Él busca un tipo particular de pez, «uno que pueda traducirse al cine» y añade que «cuanto más se expande la conciencia, más se profundiza hacia dicha fuente y mayor es el pez que puede pescarse». A ese lugar profundo, a esa fuente, dice Lynch que la física moderna lo llama «nivel campo unificado». LYNCH, D. (2016). *Atrapa el pez dorado. Meditación, conciencia y creatividad*, Reservoir Books.

Su experiencia investigadora ha llevado a destacados físicos contemporáneos –hemos puesto aquí el ejemplo de Erwin Schrödinger–, a acercarse a una «visión mística» del mundo y de la vida desde la que sea posible constatar que «Eso es uno», tal y como leemos en las *Upanishad*.

Diremos, para terminar, que la investigación sobre la naturaleza última del universo, y también, por tanto, de la naturaleza de la mente humana, puede llevarnos hasta el que quizás sea, y esto es lo que Chogyal Namkhai Norbu dice que enseña el Dzogchen, el mayor de los descubrimientos: que lo máximo que podemos encontrar es «no encontrar nada»<sup>41</sup>.

<sup>41</sup> NAMKHAI NORBU, CH. (2007). *Enseñanzas DZOGCHEN*. La liebre de marzo, Barcelona, p. 101.